

MATTHEY, JACQUES (ed.), *Come Holy Spirit, Heal and Reconcile! (Report of the WCC Conference on World Mission and Evangelism, Athens, Greece, May 2005)* (WCC Publications, Ginebra 2008), 360p., ISBN: 2-8254-1497-2.

En su pionera obra *A History of Christian Missions*, escrita en 1901, el padre de la misionología protestante Gustav Warneck se preguntaba sorprendido por la razón de la ausencia de teología y práctica misionera en el mundo de la Reforma durante sus tres primeros siglos de existencia. Warneck escribía sus reflexiones en un contexto bien distinto caracterizado, según expresión de Emile Léonard, por una fuerte «dinámica expansiva» del protestantismo y un intenso despertar misionero. Era el tiempo de las intrépidas sociedades misioneras y del asociacionismo estudiantil internacional, cuyos jóvenes líderes impulsarían el naciente movimiento ecuménico. La Conferencia Misionera de Edimburgo (1910) marcó el inicio oficial de un ecumenismo fraguado al crisol del movimiento misionero. «Evangelizar el mundo en esta generación» fue la consigna que impulsó la labor misionera en un contexto en el que el mundo anglosajón tomaba el relevo al ámbito germano en el liderazgo misionero protestante. La trayectoria del Consejo Misionero Internacional, creado en 1921 en la estela de Edimburgo, constituye un lugar de referencia para todo aquel que busque rastrear la senda de la misionología protestante, desarrollada fundamentalmente en ámbitos ecuménicos. Su casi centenaria revista, *The International Review of Mission*, ha sido el espacio en que se han desarrollado algunos de los debates misionológicos más relevantes del último siglo, y al hilo de sus diversas conferencias puede seguirse la evolución del pensamiento y la praxis misionera del mundo protestante y ecuménico. Por ellas pasaron ilustres misionólogos de la talla de S. Neill, H. Kraemer, L. Newbigin o J. Hoekendijk.

La obra que aquí presentamos recopila la documentación oficial de la última Conferencia Mundial, celebrada en Atenas en mayo del 2005, que hace la número trece contando desde la fundación del Consejo Misionero Internacional, y la número siete desde su integración en 1961 en el Consejo Ecuménico de Iglesias (CEI), cuando el organismo pasa a denominarse Comisión de Misión Mundial y Evangelización. La elección de Grecia como sede de la Conferencia no pasa desapercibida para todo aquel que conozca las tensiones y complejidades que han caracterizado la relación entre ortodoxos y protestantes en el seno del CEI en los últimos tiempos. Celebrada tan sólo tres años después de que concluyera la comisión *ad hoc* creada por el CEI para suavizar las tensiones y recoger las reivindicaciones ortodoxas, constituye una buena ocasión para testar la nueva articulación de las perspectivas de la Ortodoxia en el mundo ecuménico. Una de las contribuciones de la Conferencia en ese sentido es haber reabierto el debate pneumatológico, abruptamente cerrado tras haber provocado intensas controversias en la Asamblea de Canberra (1991). La consideración de la pneumatología desde una perspectiva misionera, enriquecida en esta ocasión por la contribución de ortodoxos y pentecostales, se ha revelado como una posible vía de avance y entendimiento.

Advierte su editor J. Matthey que nos encontramos ante una Conferencia distinta de las precedentes, tanto en su funcionamiento como en sus objetivos. En esta oca-

sión, la Comisión ha renunciado a convertirse en un organismo con una identidad ideológica y programática propia, destinada a establecer pasos concretos, y ha restringido sus objetivos al intento de crear un marco adecuado de diálogo sobre la misión que pudiera incluir a representantes de cuerpos eclesiales raramente implicados en debates ecuménicos y reflexiones misioneras. Una poderosa razón justifica la opción: la novedosa presencia de miembros de Iglesias pentecostales, carismáticas y otras afines a lo que en el mundo anglosajón se conoce como *evangelicals* que, junto a representantes de la Iglesia Católica, se sumaron a los delegados de Iglesias miembros del CEI y organismos afiliados como miembros de pleno derecho, tanto en la fase preparatoria de la Conferencia como en el transcurso de la misma. Es sabido que, en el ámbito ecuménico, cuanto mayor es el número de perspectivas confesionales participantes en un diálogo, más complicado resulta el avance y la formulación de acuerdos o el logro de convergencias. En este caso, el enriquecimiento que ha significado aunar la visión misionera del protestantismo histórico y de la corriente pentecostal/carismática, de la Ortodoxia y de la Iglesia Católica ha tenido, no obstante, que pagar el precio de renunciar a incidir en determinadas cuestiones, a alcanzar formulaciones comunes o adoptar decisiones respecto a prioridades y métodos de la misión. Y, en cierto modo, rebajar sus objetivos.

La ganancia, sin embargo, ha sido más que notable, pues refleja un avance en dos importantes direcciones. En primer lugar, significa un nuevo paso en el acercamiento y diálogo con las Iglesias pentecostales, tradicionalmente ausentes del mundo ecuménico. La creación en el año 2000 de un grupo consultivo mixto entre el CEI y los Pentecostales pone de relieve hasta qué punto el movimiento pentecostal constituye una de las preocupaciones prioritarias del CEI, especialmente en regiones del hemisferio sur donde el pentecostalismo ha crecido exponencialmente. En segundo, ha posibilitado el restablecimiento de los vínculos entre los responsables misioneros y eclesiales de diversas tendencias. Como ha recordado en otro lugar J. Matthey, el mundo protestante ha estado marcado por una serie de rupturas que han afectado duramente a su teología y práctica misionera. Una de las más evidentes ha sido la tensión entre dos formas de concebir la misión, etiquetadas en el ámbito anglosajón como *evangelism* y *ecumenism*, que ha fracturado al movimiento ecuménico, creando fuertes tensiones y amargos debates, que tuvieron su punto más álgido con la Conferencia de Bangkok (1973) y la Declaración de Lausanne (1974). Si bien es cierto que se logró alcanzar una relativa calma con la aprobación en 1982 del documento *Misión y evangelización: una afirmación ecuménica*, la tensión persiste hoy todavía hoy, aunque atenuada y sin la virulencia de décadas anteriores. La decisión de la Conferencia de limitar sus objetivos a crear un espacio de diálogo ha contribuido, sin duda, a un acercamiento de posiciones.

Más reducida en el tiempo, la Conferencia no se articuló, como en otras ocasiones, en torno a diversas secciones encargadas de elaborar documentos para ser discutidos y aprobados en las sesiones plenarias. De hecho, los documentos fundamentales no fueron presentados durante el transcurso de la conferencia sino con anterioridad a la misma. Ello explica que el libro incluya una primera sección con buena parte de los textos preparatorios que se elaboraron a partir del año 2000. El lector no debe esperar encontrarse en este caso con grandes alocuciones, del calibre de aquellas que pronunciaron V. S. Azariah en Tambarán (1938) o J. C. Hokendijk en Willingen (1952), ni

documentos del calado del que elaboraron el futuro arzobispo de Canterbury, William Temple, y Robert E. Speer en la Conferencia de Jerusalén (1928), o textos como los de H. Kraemer («The Christian Message in a Non-Christian World»), capaz de reconducir la perspectiva del diálogo interreligioso, o Hoekendijk, que reformuló la teología misionera. Se equivocaría, sin embargo, quien tachase de prescindible esta obra pues, amén de los avances anteriormente reseñados, contiene un valor añadido: la confirmación de la emergencia de un nuevo paradigma misionero.

Si el misionólogo David Bosch escribiera hoy su magna obra consagrada a recorrer los paradigmas misioneros que se han sucedido a lo largo de la historia, el capítulo final dedicado a describir los elementos del emergente paradigma misionero ecuménico, fácilmente incluiría un apartado con un título similar a este: «la misión como reconciliación y sanación». Lo que en Atenas se ha podido constatar es la emergencia de un nuevo paradigma, que ya venía despuntando en las últimas décadas y que ha sido precisamente en Sudáfrica, lugar de nacimiento de David Bosch, donde ha encontrado uno de sus núcleos de irradiación, de la mano de teólogos como Ch. Villa-Vicencio o J. de Gruchy. La Conferencia pivota así sobre lo que el teólogo Robert Schreiter ha definido como «el emergente paradigma misionero de la reconciliación». Los temas de la reconciliación y la sanación, abordados tradicionalmente desde perspectivas éticas e incorporados a la agenda social de las Iglesias, son ahora explorados desde una perspectiva misionera. Uno de los documentos preparatorios nos deja una apretada síntesis del significado que, desde esta perspectiva, adquiere la reconciliación: «La reconciliación se presenta como un tema central, que describe el perdón de Dios dado en Cristo, la intención de la presencia y acción de Dios en el mundo y la visión de la meta final de la misión de Dios (*missio Dei*). La auténtica reconciliación es costosa y difícilmente se alcanzará si se le separa de la justicia, la verdad acerca de las responsabilidades, el amor a los enemigos y el perdón. Tiene dimensiones personales, comunitarias, sociales y ecológicas. Implica sanar las heridas del pasado y del presente, de las injusticias y culpas a nivel personal, comunitario y social» (p.28). En estrecha relación con la reconciliación se sitúa la cuestión de la «sanación», que ha adquirido en la Conferencia una especial relevancia, por sus repercusiones a la hora de afrontar el grave problema del sida, tan acuciante en contextos misioneros, y por ser una vía de posible diálogo con las Iglesias pentecostales y carismáticas, que han hecho de la sanación uno de los elementos centrales de su culto y espiritualidad. Especialmente sugerente resulta, en ese sentido, el documento «La misión de sanación de la Iglesia» (p.91-112).

Cierra el libro una interesante reflexión final de J. Matthey sobre el significado de la Conferencia, de gran ayuda para ubicarla en el marco de los debates que han acompañado el devenir de la misionología en ámbitos ecuménicos, a saber: la controversia *ecumenism-evangelism*, a la que ya hemos aludido, y la disyuntiva entre los enfoques eclesiocéntrico, reinocéntrico y trinitario. Matthey sitúa la Conferencia en la perspectiva teocéntrica de la *missio Dei* afirmada en la conferencia de Willingen (1952), pero constata un claro énfasis en la *missio ecclesiae*, en lo que reconoce como un intento de equilibrar ambas perspectivas. En ese sentido, Atenas ha representado un momento de síntesis y equilibrio. Acompaña al texto escrito un soporte digital que incluye el número monográfico que *The International Review of Mission* dedicó a la Conferencia. Sus artículos ofrecen una interesante panorámica de la valoración de la misma desde las diferentes sensibilidades confesionales, y permite intuir por dónde irá la

recepción. Un buen libro, en definitiva, para responder a la pregunta por el *status quaestionis* del pensamiento y la praxis misionera en el seno del movimiento ecuménico.—C. MÁRQUEZ BEUNZA.

RUIZ JURADO, MANUEL, *Jerónimo Nadal. El teólogo de la gracia de la vocación* (BAC-Biografías, Madrid 2011), 29 p., ISBN: 978-84220-1526-0.

En el pasado año 2007 celebrábamos el V centenario del nacimiento del jesuita mallorquín Jerónimo Nadal, hijo de Antonio Nadal y María Morey, que venía al mundo el 11 de agosto de 1507. La fecha pasó un tanto desapercibida, pues en el año anterior, 2006, los círculos ignacianos recordaron con numerosos actos el V centenario del nacimiento del beato Pedro Fabro y de San Francisco Javier (ambos 1506), así como los 450 años de la muerte de San Ignacio de Loyola (1556). Tres ilustres figuras del grupo de los primeros diez jesuitas de Montmartre eclipsaron y ensombrecieron un poco la memoria de Nadal.

La figura del teólogo mallorquín se vio enriquecida en el mismo 2007 con la publicación de la biografía de Juan Nadal Cañellas, titulada *Jerónimo Nadal. Vida e influjo* (Mensajero-Sal Terrae, col. Manresa n.º 39, Bilbao-Santander 2007), así como con un número monográfico de la revista *Manresa* que recordaba también el centenario del nacimiento del Padre Arrupe (1907), quien, por cierto, era gran aficionado teológico y espiritualmente a la figura y magisterio del P. Nadal.

«De estatura mediana, más bien pequeña, muy vivo en su rostro, modesto y religioso. De ánimo incansable, industrioso y vehemente. Su ingenio muy dotado» (273). Es parte del «retrato» de este, si se me permite, enorme jesuita de la primera Compañía, cuya aportación a la teología y a los fundamentos de aquel nuevo instituto fundado en 1540, están todavía, en no poca medida, por estudiar y conocer en numerosos ambientes ignacianos.

Si tenemos en cuenta la aportación teológica, la reflexión sobre el carisma («el más entendido en lo que se refiere al Instituto de la Compañía, después de los Generales y de Polanco», 273), la influencia en la primera generación de jesuitas y su papel en el gobierno de la Compañía de Jesús, hemos de reconocer que todavía se ha escrito e investigado poco sobre la persona y la aportación de Jerónimo Nadal. Su obra editada en MHIS ocupa 5 volúmenes, cuatro de ellos de cartas (*Epistolae P. Hieronymi Nadal*, 4 vols.) y otro más sobre temas *De Instituto Societatis Iesu* (IHSI, Roma 1965), verdadera joya para profundizar en esto tan actual de nuestros días que es la «identidad».

Creemos que entre los pioneros de nuestro tiempo en cuanto a estudios nadalianos se refiere, destaca la aportación de M. Nicolau que desde los años 40 del siglo pasado siguió de cerca con gran interés y rigor la obra de Nadal. Sobre su *persona* contábamos desde el año 1992 con la biografía de W. Bangert, *Jerome Nadal (1507-1580)*, completada y editada por T. McCoog (IHSI-Institute of Jesuit Sources, Roma-St. Louis), la detallada cronología de Ruiz Jurado (*AHSI* 1979) y por la más reciente arriba citada de Nadal Cañellas. Sobre su obra, disponemos de varios trabajos dedicados a su aportación al conocimiento de los *Ejercicios espirituales* (J. Calveras,